

EL ATRASO DE LOS GOBIERNOS MUNICIPALES

CARLOS MASCAREÑO

PROFESOR TITULAR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

INVESTIGADOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS DEL DESARROLLO, CENDES

CARACAS, mayo de 2023

Fuera de los recintos y programas donde transcurre la vida de los alcaldes y sus equipos, existe una ciudad y un territorio en permanente transformación y una sociedad que produce ideas y riqueza, independientemente de lo que piense el líder de turno. Esta afirmación es tanto más cierta en el mundo de hoy: las personas viven su cotidianidad apegada a un equipo móvil que les informa constantemente, mientras los equipos de gobierno actúan a una velocidad y con unos criterios de valoración cada vez más alejados de lo que las sociedades locales manejan.

Es tal la dinámica de las ciudades, que el intercambio de información, de innovaciones y de elementos para producir riqueza sucede con prescindencia de lo que pueda pensar un alcalde o un equipo burocrático encargado de los asuntos de la economía, cuando este existe. Igual sucede con la oferta de políticas sociales, concebidas desde los escritorios de los equipos de las alcaldías los cuales, con buena fe, continúan haciendo más de lo mismo, con herramientas desfasadas que fueron creadas en el siglo XX. Por tal razón, siguen obteniendo los mismos resultados, de baja calidad en relación con el estándar que espera la sociedad.

Ese tipo de gobierno local ya no sirve a los ciudadanos. Los problemas de las ciudades se han complejizado de tal manera que emergen incertidumbres inmanejables por el modelo burocrático tradicional de hacer gobierno. Las organizaciones de los sistemas productivos son tan activas que solo con su incorporación a la búsqueda de soluciones, se podrán crear entornos propicios para la innovación y la generación de riqueza, que beneficie a todos. Igual sucede con las organizaciones civiles que hacen vida local. Ellas se ocupan de tantos y diversos problemas complejos y movilizan una magnitud de recursos que los gobiernos mismos no poseen, ni valoran en su justa medida. Al contrario, con frecuencia ven en esas organizaciones un enemigo a vencer.

Desde hace al menos dos décadas se ha incorporado una nueva perspectiva de hacer gobierno local orientada hacia la construcción de una gobernabilidad democrática (no autoritaria) que promueva un gobierno menos centrado en las estructuras tradicionales burocráticas y más en espacios de encuentro de los ciudadanos, para producir innovaciones orientadas hacia la procura constante de soluciones. La gobernabilidad democrática de un territorio exige la cesión de poder por parte de los líderes asignados a las estructuras de gobierno; pero también supone un cambio sustancial en las percepciones y comportamientos de los empresarios y los líderes de la sociedad civil que, tradicionalmente, ven al Estado como su enemigo. Es una cesión en doble sentido, para que funcione la creación de grandes y duraderos acuerdos por el futuro de la ciudad. Como nadie cede poder gratuitamente, se trata de un ejercicio tenso de construcción colectiva del territorio.

Promover gobernabilidad democrática local no es un proceso idílico. Al contrario, es complejo, lleno de tensiones y conflictos. Y la única manera de que funcione, con sus defectos y limitaciones propias de todo acto humano colectivo, es que se genere alrededor de la construcción de consensos alrededor de la imagen de ciudad que se desea en el futuro.

Los acuerdos para el futuro de la ciudad tienen que ser formulados con proyectos realistas, concretos, en los cuales las partes se vean reflejadas. Pero no se trata de proyectos tradicionales de costo-beneficio. Tampoco de proyectos enraizados en los tradicionales planes urbanos pensados con premisas y herramientas del siglo pasado. Se trata de iniciativas que superen los viejos diseños de la planificación urbana y sean pensados para articular intereses y movilizar recursos en función del mejor funcionamiento de la ciudad. Es indispensable que se conciba un proyecto para innovar los sistemas productivos locales a partir de lo cual las empresas, viejas y por venir, salten de un modelo de producción fordista que ya es ineficaz, hacia formas productivas en serie conectadas no solo entre los agentes del municipio, la región o el país, sino también con el planeta. Lo mismo aplica para los proyectos sociales. El mayor beneficio para los ciudadanos a partir de los servicios públicos tiene que ser pensado a partir de la introducción de innovaciones que superen el perfil asistencialista tanto del Estado como de la misma sociedad civil.

Este concepto de gobierno se ha venido materializando, progresivamente, en nuevas figuras institucionales con la presencia de la sociedad civil, los centros productores de conocimiento y del empresariado. Las Agencias de Desarrollo, que se cuentan hoy en miles en el mundo, están ofreciendo nuevas experiencias y aprendizajes disponibles para los líderes que deseen asomarse a los cambios en el mundo. También existen Consejos ciudadanos de desarrollo, creados para pensar la ciudad y generar alianzas en procura de un mejor destino colectivo. De igual manera funcionan centros de promoción de clústeres, con la participación de empresarios, universidades, gobierno local y otras instituciones articuladas a las cadenas de valor del territorio. Son prácticas institucionales que se alejan claramente de las cerradas estructuras de gobierno burocráticas centradas en el líder de turno.

Ante esta inexorable realidad, los gobiernos locales tienen que cambiar. Transformarse en instituciones facilitadoras de los cambios de la ciudad, creadoras de espacios de innovación ciudadana y promotoras de producción de riqueza y de cadenas de valor competitivas. La sociedad ya no tolera gobiernos encerrados en sí mismos; exige gobiernos transparentes.

Los gobiernos locales no están solos en el juego de la ciudad. Han sido superados por la complejidad de las sociedades que las habitan. Sus líderes y equipos de gobierno requieren nuevos conocimientos, capacidades y actitudes que tendrán que adquirir con urgencia.